

porque no entiende de dar
cuenta de ello á ningun dueño:

Cuanto yo no amoldaria (1)
lo de Cristóbal Mexía
ni del otro tartamudo,
ni del Meco, moro agudo,
todo va por una vía.

XI.

Está la perra *Justilla* (2),
que viste tan denodada,
muerta, flaca, trasijada;
juro á diez que habrás mancilla:

Con su fuerza y corazon
cometia al bravo leon
y mataba el lobo viejo;
ora un triste de un conejo
te la mate en un rincon.

XII.

Acerilla (3), que sufrió
cuatro lobos denodados (4),
y ninguno la mordió;
todos fueron mordiscados.

¡ Rape el diablo el saber,
que ella ha de se defender!

Las rodillas tiene floxas,

(1) Estos últimos versos significan que estaban confundidas y tenidas por iguales las personas y las cosas de los cristianos, judíos y moros que vivian á la sazón en España; á los últimos, esto es, á los moros, ya sabemos que tenía Enrique IV gran preferencia.

(2) Representa la virtud cardinal llamada *Justicia*.

(3) *Acerilla* representa la *Fortaleza*.

(4) Los pecados capitales.

contra las ovejas coxas
muestra todo su poder.

XIII.

La otra perra *Ventora* (1),
que de léxos barruntaba,
y por el rastro sacaba
qualquier bestia robadora ,

Y las veredas sabía
donde el lobo acudiría
y aún las cuevas raposeras ,
está echada allí en las eras
doliente de modorría.

XIV.

Tempera (2) quita pesares,
que come muy concertado,
reventó por los ijares
del comer desordenado :

Ya no muerde , ni escarmienta ,
á la gran loba hambrienta ,
y aún los zorros y los osos
cerca de ella dan mil cosos ;
pero no porque la sientan.

XV.

Vienen los lobos hinchados (3)
y las bocas relamiendo,
los lomos traen ardiendo ,
los ojos encarnizados :

Los pechos tienen somidos,
los ijares regordidos,

(1) *Ventora* representa la *Prudencia*.

(2) *Tempera* representa la *Templanza*.

(3) Los lobos, aquí y en toda la composicion , son los mag-
nates castellanos.

que no se pueden mover,
mas cuando oyen los balidos,
ligeros saben correr.

XVI.

Abren las bocas rabiando
de la sangre que han bebido ;
los colmillos regañando ,
parece que no han comido :

Por lo que queda en el hato ,
cada hora en gran rebato
nos ponen con sus bramidos ,
desque hartos, más transidos
los veo, cuando no cato.

XVII.

¿ No ves, necio, las cabañas ,
y los cerros, y los valles,
los collados y las calles
arderse con las montañas ?

¿ No ves quán desbaratado
está todo lo sembrado ,
las ovejas esparcidas ,
las Mestas todas perdidas ,
que no saben dar recaudo ?

XVIII.

Allá por esas quebradas
verás balando corderos,
por acá muertos carneros ,
ovejas abarrancadas.

Los panes todos comidos
y los vedados pacidos ,
y áun las huertas de la villa :
¡ Tal destrozo en *Esperilla* (1)
nunca vieron los nacidos !

(1) *Esperilla* es España, de *Hesperia*.

XIX.

Ala hé, Revulgo hermano,
 por los tus pecados penas,
 si no haces obras buenas,
 otro mal tienes de mano:

Mas si tú *enfotado* (1) fueses
 y ardiente tierra pacieses,
 y verdura todo el año,
 no podrias haber daño
 en el ganado ni en mieses.

Tal es la descripcion del Rey, de sus vicios y de la situacion de España, que, si bien hecha de un modo alegórico, es exactísima, segun las noticias que se tienen de aquella época. Estas coplas fueron escritas en 1464, segun afirma Fernando del Pulgar, su primero y más hábil glosista, tenido por muchos como autor de ellas; aún no habian llegado á su colmo los males y los escándalos de Castilla, pero ya los anuncia en las siguientes coplas; especialmente en la xxiv, dice así:

Yo soñé esta trasnochada,
 de que estoy tremuloso,
 que ni roso ni veloso
 quedará de esta vegada.

Echa, échate á dormir,
 que en lo que puedo sentir,
 segun andan estas cosas,
 asmo que las tres rabiosas
 lobas habrán de venir.

(1) *Enfotado*, significa el hombre que tiene fe.

Y vinieron en efecto, porque el siguiente año de 1465 los magnates depusieron, como hemos dicho, á Enrique IV en Avila, alzando por rey á su hermano Alfonso, y entónces se desencadenó la guerra civil con sus naturales consecuencias, la peste y el hambre, que son las tres lobas rabiosas de que habla el poeta.

VII.

En medio de esta gran confusion llegaron á Castilla Rosmithal y sus compañeros; las ciudades y villas del reino estaban unas por D. Enrique y otras por D. Alfonso, y merced á tanto desórden, los magnates de cada parcialidad solian hacerse individualmente la guerra, arrancándose por fuerza de armas los lugares y las fortalezas que por distintos títulos poseian. Justamente en este año de 66 hubo una verdadera y sangrienta guerra en Extremadura, entre el Maestre de Alcántara y el clauero de la misma órden, Alfonso de Monroy, que empezó por los lances de una fiesta de cañas que se hizo para celebrar la boda del hermano del Maestre. En tal situacion, se explica que los viajeros, que venian con verdadero aparato de guerra, encontráran con frecuencia dificultades para ser admitidos en las ciudades y villas; esto les pasó en Roa, donde no les permitieron entrar, teniendo que alojarse en la inmediata aldea de Duron; allí se les unió un legado de cierto obispo, que les acompañó

hasta Segovia. Nada notable les ocurrió en esta parte del camino, pero tampoco les dejaron entrar en la ciudad, dándoles por excusa, que no podían aposentarse en ella por tenerla toda ocupada el Rey y su gente, lo cual era en efecto verosímil, porque, como ya hemos dicho que andaba por entonces rota la guerra, y en el verano de 66, el Rey solía ir siempre acompañado de su hueste; y si alguna vez no tomaba esta precaucion, corría grandísimo peligro, como se infiere del siguiente hecho, que se narra en el capítulo VI del año 1466 de la Crónica castellana atribuida á Palencia: «En este tiempo, dice con notable sencillez el cronista, como el rey D. Enrique y la reina doña Juana y la hija suya estuviesen en Olmedo, tomóse consejo en Avila que el Arzobispo de Toledo fuese á los prender, el cual se partió de Avila y llegó á Godon con este propósito, donde fué certificado que el Rey y la Reina con su hija eran idos á Segovia, lo cual sabido por el Arzobispo, se volvió á Avila.» Es probable que de resultas de esta huida estuviese el Rey en Segovia, cuando llegó allí Rosmihal, y por eso se tomaron tan exquisitas precauciones, y se obró con tal suspicacia, que el viajero no logró ver por entonces á Enrique IV, que traía á la sazón una vida tan asendereada.

Áun despues de ido el Rey no permitieron entrar en el alcázar de Segovia á los viajeros sino con grandes precauciones, y entre otras la de que sólo cinco de ellos estuviesen á un tiempo dentro del edificio, que era, además de regio palacio, poderosa

fortaleza, de la cual lograron por cierto apoderarse, poco despues de visitada por Rosmithal, los confederados enemigos de D. Enrique, vengándose con entregarla Pedrarias de la falsía del Rey, que le mandó matar en Madrid, siendo fidelísimo criado suyo, por sugeriones del Arzobispo de Sevilla, segun dice el cronista Enriquez del Castillo.

No hemos de repetir aquí lo que se cuenta en el texto, de las cosas que admiraron los viajeros en Segovia, aunque no estará de más notar lo que se refiere á las efigies de los reyes colocadas en el alcázar, pues ni fueron nunca de oro, ni hemos visto en autor alguno apuntada la especie de que fuese menester, como dice el Secretario de Rosmithal, que juntára el Rey tanto oro como pesaba su cuerpo para tener derecho á figurar entre sus antecesores. La leyenda relativa al acueducto segoviano está ya consignada en esta relacion, tal como todavía se conserva en la tradicion popular, que arranca sin duda de los tiempos más oscuros de la Edad Media, en los que se rompió, para la masa comun de las gentes, la cadena de los sucesos históricos, rodeando de misterio y convirtiendo en fábulas los hechos más claros, aunque estuviesen comprobados por monumentos tan fáciles de interpretar y reconocer como este grandioso acueducto, que da tan alto testimonio del poder y de la ciencia de los romanos.

Enrique IV salió de Segovia para Olmedo, y le siguieron Rosmithal y los suyos á fin de verle en esta villa, ya que no pudieron en aquella ciu-

dad, y aquí refiere el compañero de Rosmithal varias cosas que son del mayor interes para el conocimiento del estado social de Castilla en aquella época: es la primera la lucha que sostuvo Juan Scherowitz con un español, á quien venció por primera vez el bohemio casualmente, siendo vencido la segunda en presencia del Rey, de dos obispos y de otros señores que le acompañaban; el pueblo, que tambien asistia al espectáculo, prorumpió en estrepitosas manifestaciones de júbilo por el triunfo obtenido sobre el extranjero, lo cual ofendió mucho al Rey y á su córte, que con razón miraron como groseras y soeces aquellas exclamaciones. Esto que dice el narrador se explica por la cultura y refinamiento de costumbres á que habian llegado las clases elevadas de aquel tiempo; casi se puede asegurar que uno de los obispos que asistieron al espectáculo sería D. Pedro de Mendoza, que ocupaba entónces la silla de Calahorra, que obtuvo luégo la de Sigüenza, y que llegó por último á ser arzobispo de Toledo, siendo conocido bajo el nombre de *Gran cardenal de España*, pues es sabido que toda su familia fué siempre fiel al rey Don Enrique. Don Pedro de Mendoza era hijo del insigne Marqués de Santillana, D. Iñigo, gran caballero, egregio poeta y protector espléndido de las letras, cuyo palacio de Guadalajara fué sin duda el templo más famoso que tuvieron en aquella época las musas; allí se crió el obispo, nutriéndose en las delicadezas y en las exquisitas doctrinas que en él se profesaban, siendo familiares á su

padre todas las obras de la clásica antigüedad que por entónces se descubrieron en Italia, y las que Dante, Petrarca, Bocaccio y otros ingenios de aquel privilegiado país habian ya producido, como lo demuestran, á más de los libros escritos por D. Iñigo, los códices que le pertenecieron y áun se conservan en la biblioteca de sus sucesores los Duques de Osuna.

Otro punto de que hace mencion Rosmithal es la corrupcion extraordinaria de las costumbres de los vecinos de Olmedo, y este testimonio imparcial justifica cumplidamente quanto refieren acerca de los vicios del Rey y de su córte Palencia en sus *Décadas* y el cronista castellano que corre con su nombre; no hemos de repetir aquí lo que en el texto se dice; pero observaremos que siendo Olmedo uno de los lugares en que con más frecuencia moraba Enrique IV, la inmoralidad que allí reinaba tiene explicacion fácil, porque sabemos que la compañía habitual del monarca y la que le era más íntima, se componia de moros y de gente facinerosa, que obraban de la manera que da á conocer el siguiente hecho ocurrido en Sevilla en el año de 1455, y que cuenta la crónica castellana que se ha tenido generalmente por obra de Alfonso de Palencia, de donde lo tomó el analista Zúñiga. « Esperaba á Enrique IV esta ciudad (Sevilla) con prevenciones para pública entrada, porque desde el año 1406 no habian visto la cara de su rey; pero frustrólas entrándose en secreto por el postigo del Alcázar, siguiéndole con igual embozo

la reina. Sólo la prevencion del hospedaje lograron con su numerosa córte, en cuyo tropel venian muchos moros por el rey, que con la licencia de su gracia cometian graves insultos; uno entre los más favorecidos de ellos, llamado Monjarrás, soberbio y rico, estando hospedado en casa de Diego Sanchez de Origuela, mercader principal y estimado, enamorado de una hija que tenía por casar, se la robó con violencia y la sacó de la ciudad á donde por fuerza siguiese el antojo de su lascivia, á que habia resistido casta y cristiana. Alborotados sus padres y deudos, acudieron al Alcázar poblándolo de clamores, aunque hallaron más enfado que clemencia y justicia, oyéndose culpar en no haber guardado su hija, y no viendo diligencias contra el aleve agresor; repulsa indigna de rey cristiano con que la afligida madre repetia sus lamentos, y juntándose gente á ellos, se veian indicios de popular conmocion, de que nuevamente indignado el Rey, mandaba apartar con ignominia la mujer llorosa, arriesgando la irritacion de la plebe, de que lo disuadió el Conde de Benavente; pero quedaron sin castigo éste y otros insultos, y no obstante el general descontento de verse así tratada de la inferior canalla palaciega, esta leal y poderosa ciudad, con su acostumbrada grandeza, festejó á los reyes con todo género de regocijos hasta los últimos dias del año, en que salieron para Castilla.»

Más explícito en esta parte que Schaschek, el viajero natural de Nuremberg, que formaba parte de la comitiva de Rosmithal, llamado Tetzels, dice

lo siguiente al dar cuenta de la recepcion que les hizo Enrique IV en Olmedo: «El Rey tiene muchos moros en su córte, habiendo desterrado de ella á gran número de caballeros cristianos, dando sus tierras á aquéllos; come, bebe, se viste y ora á la usanza morisca, y es enemigo de los cristianos; quebranta los preceptos de la ley de gracia y lleva una vida de infiel. Al tercer dia dió audiencia al Señor. El Rey y la Reina estaban juntos, sentados en tierra, y uno y otro dieron las manos al Señor y á cuantos le acompañaban, concediéndonos cuanto se le pidió; habló con todos y nos dió varios regalos, tocándome alguno á mí, y nos otorgó su *orden régia*, autorizando al Señor para que la otorgase á otros. La Reina se maravillaba sobremanera de nuestros cabellos, y ella es una señora linda y morena, y el Rey es su enemigo y no yace con ella; por esto la aborrece y hasta dicen que no puede haberse con ella como marido; en cambio comete muchas torpezas. Por esto, por expulsar á los cristianos de sus tierras, de sus castillos y lugares y dárselos á los moros, se levantó en armas el reino, haciendo rey á su hermano.»

Quien ejerciendo la autoridad suprema no sólo dejaba impunes tales excesos, sino que los disculpaba y los cometia mayores; no podia ménos de llevar donde quiera que fuese la corrupcion y el desórden; por eso no se deben creer exageradas las cosas que el secretario de Rosmihal y Tetzel cuentan de los vecinos y habitantes de Olmedo.

La epístola comendatoria dada por Enrique IV á Rosmihal está escrita toda ella en latin, ménos la firma del monarca, que consiste en la antiquísima fórmula «Yo el Rey»; su fecha es en la villa de Olmedo á veintidos del mes de Julio de 1466, y aunque no he podido comprobar, ni por las crónicas, ni por otros documentos, que el rey estuviese allí entónces, no hay motivo para ponerlo en duda, pues anduvo todo aquel año de una en otra poblacion, constando que estuvo en Valladolid, en Segovia, en Madrid, en Olmedo y en otros lugares várias veces, ya en són de guerra, ya para negociar con los grandes rebelados, á lo que le inclinaba siempre su natural tímido y débil, manteniéndole en esta intencion D. Juan Pacheco, su antiguo favorito, sin cuyo auxilio se sentia incapaz de dirigir los negocios públicos, y á quien mostró siempre grandísima aficion, no obstante su carácter desleal y ambicioso, y á pesar de las grandes felonías que le hizo este magnate, que no parecia sino que le tenía hechizado, alcanzando sobre la voluntad del Rey tan gran imperio, que logró que favoreciese el plan de casarse con su hermana Isabel; y no sabemos, si la princesa, que con tanta gloria ocupó el trono de Castilla, hubiera conseguido romper aquel casamiento, pues Pacheco murió desesperado cuando más cerca se creia del logro de sus ambiciosos intentos.

Los viajeros pasaron de Olmedo á Medina del Campo, en cuyo palacio nacieron los famosos infantes de Aragon, que tanta parte tomaron en las

revueltas de Castilla durante los reinados de Don Juan II y de su inmediato sucesor. Estos príncipes, ilustres por su nacimiento, lo fueron aún más por sus hazañas militares, y por su amor á las ciencias y á las letras; hijos de D. Fernando el de Antequera y nutridos en la literatura que prevalecia en Castilla, extendieron su influencia á Aragon, á Navarra y aún á Cataluña, y por su dominacion en en el reino de Nápoles aumentaron y facilitaron la comunicacion intelectual que ya existia entre Italia y España. Como en la nota correspondiente á este pasaje corregimos los errores genealógicos cometidos por el viajero, no hacemos aquí más larga mencion de estos príncipes, que tanta parte tuvieron ántes y despues de la época en que estuvo Rosmithal en España, en los sucesos de la Península, y si bien fueron causa de las graves perturbaciones que en ella hubo, y por tanto de males y ruinas; como ya hemos dicho al hablar del viaje de Ehingen, á la política sagaz, aunque no escrupulosa, de los descendientes del gran D. Fernando de Antequera se debió que España llegase á ser el Estado más poderoso de Europa bajo el cetro de Cárlos I y de Felipe II.

Tampoco dirémos nada de la singular aventura ocurrida á los viajeros junto á una aldea, distante cuatro leguas de Cantalapiedra, con el ermitaño, en quien creyeron ver al rey de Polonia Ladislao Jagellon, porque no hemos encontrado, ni en la tradicion ni en documento alguno, rastro de la venida á España de tal personaje, y la cosa parece

obra de la imaginacion y de la ignorancia de los viajeros, causas de una credulidad que hoy nos parece inexplicable; pero sí llamáremos la atencion del lector hácia lo que dice el compañero de Rosmithal de esa estepa central de España donde no se veia un árbol, teniendo que usar sus habitantes, en vez de leña, estiércol y paja para hacer lumbre, aridez que da aún hoy á esa region un aspecto tan triste y desolado.

Breve, pero honrosa, es la mencion que se hace de Salamanca en la relacion del viaje, pues se dice que quizá no florecian tanto como en ella los estudios en ninguna otra provincia de la cristiandad. Tambien asistieron en esta ciudad el ilustre Romisthal y sus compañeros á una fiesta de toros, dada para solemnizar el dia del apóstol Santiago; las fieras que se lidiaron debian ya ser tan terribles, como lo son hoy las que se apacientan en los términos de Peñaranda de Bracamonte, pues se dice en el viaje, por cierto con una concision y frialdad notables, que el tercer toro mató dos hombres, hiriendo ademas otros ocho y un caballo.

Continuando su viaje hácia Portugal, los viajeros llegaron á Ciudad-Rodrigo, pasando desde allí á San Felices; sobre la posesion de aquella ciudad se dice que habia pleito entre el rey D. Enrique y su hermano don Alfonso, por lo cual habia dado el Rey el lugar y el castillo á su Obispo. Sobre todo el reino habia pleito en aquella sazón entre Enrique IV y D. Alfonso, ó mejor dicho, entre aquél y los magnates, que se servian de este príncipe, que

apénas tenía trece años, para traer revuelta á Castilla ; en el viaje se dice, y es cierto, que la mayor parte de ellos seguian el partido de D. Alfonso.

VIII.

Pasado el Duero en una balsa, por donde es ya tan caudaloso, que dice el narrador que le pareció el rio más grande de Castilla, penetraron Rosmithal y sus compañeros en el reino de Portugal, siendo *Freixo da Spada* el primer pueblo á que llegaron, llamándoles en alto grado la atencion los ásperos y empinados montes de aquella region, poblados de árboles, para ellos desconocidos, y tambien de fieras y alimañas, que se describen en tales términos, que se conoce á tiro de ballesta que tiene en la pintura más parte la imaginacion que la realidad, pues nunca han existido en aquellas partes más reptiles venenosos que las víboras; y los camaleones, que deben ser los lagartos volantes de que se habla en la relacion, son, como se sabe, animales inofensivos y hasta objeto de curiosidad y de aficion para algunos, que los conservan en sus casas y los cuidan, aunque es muy difícil tenerlos vivos mucho tiempo.

Despues de pasar por varios pueblos de Portugal, llegaron á Braga los viajeros, y el aspecto de aquella naturaleza semi-oriental debió sorprenderles agradablemente, pues Schaschek refiere con complacencia que se crian allí árboles del paraíso, na-

ranjos, limoneros y granados, en tanto número como no los había visto en ninguna parte, y que hasta las almenas de las murallas estaban cubiertas de yedra. Allí encontraron por primera vez al rey D. Alfonso V de Portugal, para quien llevaban cartas de su hermana doña Leonor, casada con el emperador de Alemania Federico III de este nombre, que poseyó la corona imperial más de cincuenta años, y que fué bisabuelo del invictísimo Carlos V de Alemania y I de España, empezando así el enlace de las dos monarquías que, reunidas en el César, produjeron tantas glorias efímeras y tantas calamidades y desastres para España, pues tomó como suyas las empresas de los monarcas de la dinastía austriaca, las cuales ninguna relacion tenían con los grandes y permanentes intereses de la nacion española, que con el descubrimiento y conquista de América y con el cuidado de mantener su poder en Italia tenía sobrada materia en que emplear su actividad y sus fuerzas, que no podian bastar para atender tambien á las cosas de Alemania y de los Países-Bajos.

Con tal recomendacion no podia ménos de ser muy afectuoso el recibimiento que el Rey de Portugal hiciera al ilustre bohemio y á sus compañeros, á quienes ofreció todo lo que necesitaran; ellos no quisieron aceptar riquezas, alegando Rosmihal que no habia salido de su tierra y emprendido tan largo y penoso viaje con ideas de lucro, sino para ganar honra y para instruirse, visitando las más ilustres córtes de Europa; así que sólo pidió dos ne-

gros y un gemio, que le fueron otorgados como cosa baladí, segun le dijo el hermano del Rey, que asistia á esta entrevista; pero que llamaria en alto grado la atencion de los viajeros, que venian de tierras donde no se conocian los resultados de las conquistas de los portugueses en Africa.

No muchos años ántes, el infante D. Enrique, tio de Alonso V, habia navegado las costas de Guinea y tomado en ella muchos puertos, adjudicándole el Papa la propiedad de estas conquistas por una Bula que confirmó luego Calisto III; desde entónces, como dijo á Rosmithal el hermano del Rey, el ejército portugues hacía frecuentes excursiones al interior del Africa, cogiendo gran número de prisioneros negros, que parte venian á Portugal, donde eran vendidos con las condiciones y circunstancias que el texto indica, siendo éste el origen de la trata y no el celo del padre Las Casas en favor de los indios de América, como algunos han asegurado.

Siguiendo Rosmithal su camino hácia Santiago, pues uno de los principales objetos de su viaje era visitar el sepulcro del famoso apóstol, volvieron á entrar en los dominios de Enrique IV, de que formaba parte el reino de Galicia, y aquí empezaron de nuevo los trabajos y los peligros de los viajeros. Al ir de Pontevedra á la Coruña, atravesando un bosque, la imprudencia de un muchacho que les acompañaba puso á todos en riesgo de perder la vida al volver por aquella region, despues de haber visitado el sepulcro del Apóstol, por las causas y con las circunstancias que la narracion explica.

Nada dirémos aquí acerca de la leyenda relativa á la venida y predicacion de Santiago, ni de la crueldad de la llamada reina Lupa con los discípulos del Apóstol, arrojados al dragon formidable y á los toros feroces, que se humillaron ante ellos, produciendo tan estupendo milagro la conversion de la Reina y de sus cortesanos; todos estos accidentes y circunstancias, creados por la imaginacion popular, son análogos á los que adornan las vidas de los santos, tales como la tradicion y los escritores de la Edad Media las refieren, habiéndose despues fabricado, para darles alguna apariencia de valor histórico, por el famoso padre Roman de la Higuera las falsificaciones de Dextro y de otras crónicas de que hizo justicia, áun en tiempo en que la crítica no estaba tan adelantada como en el nuestro, el erudito y sagaz D. Nicolas Antonio en su *Exámen de historias fabulosas*.

Lo que tiene verdadera importancia por su valor histórico es el cuadro que bosqueja Schascheck del estado en que hallaron los viajeros la ciudad y la iglesia de Santiago, del cual no hemos podido ver confirmacion directa en ningun cronista del tiempo ni en los libros y papeles que tratan del antiguo reino de Galicia que nos ha sido posible examinar, no encontrando otra mencion de sucesos tan graves sino la que se hace en el último párrafo de los Apéndices á la *Historia Compostelana*, tal como están en el manuscrito de Salamanca, y los copió el P. Maestro Flores en su *España Sagrada*. Con esto basta para comprobar la veracidad de

Schascheck, tratándose además de un hecho que entonces era frecuente. A causa de las luchas intestinas de aquella época, en que tanta parte tomaron los Obispos y Cabildos de las iglesias catedrales, se veía sin admiración, aunque no sin escándalo, que estos eclesiásticos se encastillaban en los mismos templos, que además de ser edificios por lo comun fuertes y casi inexpugnables para las armas de aquel tiempo, se fortificaban todavía más con obras apropiadas al efecto, cuando las circunstancias lo requerían. Justamente el arzobispo de Santiago don Alfonso Fonseca, que fué ocasión, aunque no quizá motivo, del desorden que Scheschek describe, lo fué asimismo poco tiempo antes de otro muy parecido en la ciudad de Sevilla, como puede verse en su analista Ortiz de Zúñiga, en los años de 1463 y 64; y estando íntimamente enlazados los sucesos de Sevilla con los de Santiago, los referiré brevemente, siguiendo en la narración la crónica de Enrique IV atribuida á Palencia, lo que dice Gonzalez Dávila en el tomo 1 de su *Teatro Eclesiástico*, capítulo XVIII, de la iglesia de Santiago, y lo que, conforme con ambos, cuenta el analista Zúñiga.

Fué el caso que D. Alonso Ulloa y Fonseca, conocido sólo por el apellido materno, que usó siempre, personaje muy introducido en la corte, como dice Pulgar hablando de él en sus *Claros varones*, despues de varios obispados, obtuvo el de Sevilla en tiempo de D. Juan II, por intercesion de don Enrique, de quien era capellan mayor. Su gran favor, tanto cuando menos como los méritos de su so-

brino, llamado tambien D. Alfonso Fonseca, fué causa de que, habiendo vacado el Arzobispado de Santiago, por muerte de D. Rodrigo de Luna, ocurrida en 1460, se le confriese esta mitra, siendo ya dean de la iglesia de Sevilla; pero el Conde de Trastamara tenía alborotado el reino de Galicia, y se habia apoderado de gran parte del arzobispado y provincia, por manera que pareció cosa difícil que el sobrino pudiera bracear tan gran negocio. El tio, porque el sobrino quedase con la dignidad, tomó para sí lo de Santiago, y el sobrino quedó con lo de Sevilla, miéntras se apaciguaba lo de Galicia, y así se capituló y firmó. Entendió el tio que estaba ya sosegada Galicia en el año de 1463, y exigió del sobrino que le devolviese la iglesia de Sevilla; pero éste, bien hallado en ella, ó como creen otros, contentos con él los sevillanos, resistió ó resistieron sus amigos el trueco, alegando várias causas ante el rey Enrique IV, hasta que el Papa despachó contra el sobrino un Monitorio penal, y viniendo á Sevilla el Rey ejecutó la devolucion, pacificó á Sevilla y ahorcó á seis hombres de las ventanas de sus casas para castigo de la inobediencia y rebeldía, destruyéndose ademas las obras con que se habia fortificado la iglesia, que volvió á la posesion de D. Alfonso de Fonseca, el tio.

Razon tenía el sobrino para repugnar el cambio de la mitra de Sevilla por la de Santiago, pues léjos de estar pacífico el reino de Galicia, se hallaba tan revuelto, que, segun lo que cuenta Rosmithal y confirma el Apéndice de la *Historia Compostelana* que

hemos citado, el año siguiente al de su toma de posesion, D. Alfonso de Fonseca, el sobrino, fué preso por Bernardo Juanes ó Seoane, y seguia preso por Julio ó Agosto del año 1466, tiempo en que tenía sitiada á su madre en la misma catedral de Santiago el Conde de Trastamara, ó mejor dicho, sus partidarios. Era á la sazón conde de Trastamara D. Alvaro Perez Osorio, á quien el rey D. Enrique habia hecho el año anterior de 1465 Marqués de Astorga, por haberle servido fielmente en los grandes alborotos que contra él levantaron los magnates de Castilla, siendo uno de los primeros que llegaron á Zamora con gran golpe de gente para sostener la causa del Rey, y contribuyendo mucho á que los rebeldes levantáran el sitio de Simánkas. Despues de estos hechos, vuelto á Galicia, los caballeros le hicieron jefe de las tropas que se juntaron para contener los excesos de las hermandades, y en el año de 1466, en que Rosmithal estuvo en Galicia, le mandó Enrique IV que fuese á sofocar una rebelion que habia estallado en Asturias. Era el Conde un señor tan magnífico, que recibian su acostamiento y sueldo más de doscientos hijosdalgos, uno de los cuales sería sin duda Bernardo Juanes ó Seoane, que prendió al Arzobispo, y que pertenecia á la ilustre familia de este apellido en el reino de Galicia, segun puede verse en *Gándara* (1).

El estado de perturbacion y de verdadera anarquía que se representa en el cuadro que de la ciudad de Santiago y de su iglesia nos ofrece Schaschek,

(1) *Armas y triunfos de Galicia.*

se prolongó mucho tiempo, no habiendo terminado aquellos desórdenes hasta que, despues de la batalla de Toro, los Reyes Católicos D. Fernando y doña Isabel estuvieron en posesion pacífica é indisputada del trono de Castilla : á estos Príncipes sirvió fidelísimamente el arzobispo D. Alfonso de Fonseca, el sobrino, á quien dejaron por Regente del reino durante la conquista de Granada, habiendo ido á acompañar á la infanta doña Catalina cuando fué á Inglaterra á casarse con el Rey, la cual contrajo despues segundas nupcias con su hermano y heredero Enrique VIII, matrimonio tan infeliz y que tan tristemente influyó en las cosas de España durante muchos años. Este prelado, siendo ya muy viejo, renunció su mitra de Santiago en favor de su hijo, llamado tambien D. Alfonso, y con este motivo se cuenta que el gran Cisnéros, á quien la Reina Católica consultó el caso, dijo que debia declararse la iglesia de Santiago mayorazgo de los Fonseca, porque, en efecto, tres individuos de esta familia la obtuvieron sin interrupcion. A pesar de esta reconveccion sarcástica, la Reina accedió á los deseos de D. Alfonso de Fonseca, dando á su hijo del mismo nombre el Arzobispado de Santiago, y quedando el padre con la dignidad de Patriarca de Alejandría.

Al pasar por Finisterre, á cuyo lugar llama estrella oscura el traductor latino de Schaschek, engañado por el sonido de la palabra alemana *Fin estenner*, refiere éste la misteriosa historia de una singular expedicion marítima mandada hacer por un

Rey de Portugal, cuyo nombre no se menciona; expedicion que, real ó fingida, tiene la circunstancia notable de parecerse mucho á la que algunos años adelante emprendió con tanta gloria suya y de España el inmortal Colon. Esto se explica, porque desde el primer tercio del siglo xv empiezan á manifestarse, con mayor fuerza que ántes, todos los sentimientos, todas las ideas y propósitos que habian de tener su más cumplido desarrollo en la siguiente centuria, que se señala como principio de la Edad Moderna, la cual no podia ménos de tener íntimo enlace con la época anterior, y lo tiene hasta el punto de ser imposible establecer entre ellas un límite que las determine, pues en las letras, en las artes, en las ciencias y en sus aplicaciones, el siglo xv puede disputar al que le sigue la gloria de haberse iniciado y áun perfeccionado en él muchas de las invenciones y reformas que consideramos propias del xvi.

Despues de haber adorado el sepulcro del apóstol Santiago, los viajeros volvieron á entrar en Portugal, y visitaron al conde D. Fernando, hijo de don Alfonso, duque de Braganza, en su villa de Guimaraens, que el Rey su sobrino le habia dado el año 1449 por haber estado de su parte para combatir la rebelion del infante D. Pedro, tio y suegro del Rey, muerto en la batalla de Aforrobeyra, que sucedió aquel año, y que puso fin á la rebelion. Tambien vió Rosmihal de nuevo al Rey en la ciudad de Braga, y áun le acompañó hasta la de Eborá, donde se separó de él, volviendo á entrar en Castilla.

Dice Schasseck que el reino de Portugal era, más que por otras cosas, famoso por las ciudades que el Rey tenía en Africa, contando como la primera á Al-Kazar, la cual afirma que habia conquistado don Alonso V hacía ocho años; y como esto se dice en el de 1466, resulta que la conquista de dicha ciudad fué en el año de 1458, y no en el de 1453, como han pretendido algunos escritores.

Rosmithal y los suyos entraron esta vez en Castilla por Extremadura, pasando de Elvas á Badajoz y subiendo la corriente del Guadiana. Breve es la mencion que Schaschek hace de la antigua *Emerita*, de la cual dice que fué destruida por los romanos, no sabemos con qué fundamento, pues por el contrario, levantaron en ella monumentos tan importantes como el circo, la naumakia, el puente, el arco de Trajano y otros, cuyos restos dan testimonio de su poder y de su gran predileccion por aquella ciudad, cabeza de la Lusitania en lo político, como lo fué más tarde en lo religioso. En cambio, y ya en la provincia de Cáceres, el Secretario de Rosmithal, que sin duda no era muy entendido en antigüedades ni en historia, describe menudamente, y con las señales de una ingenua y grande admiracion, el suntuoso monasterio de Nuestra Señora de Guadalupe, ya entónces tan rico y tan poderoso. No ampliaremos aquí sus noticias, refiriéndonos á las notas que hemos puesto en este pasaje del texto, á lo que se dice en el viaje de Navagero, y á los Apéndices que sobre este monasterio se insertan en el lugar correspondiente de esta obra.

Siguiendo su viaje, llegaron Rosmithal y los suyos á Toledo, de cuya ciudad trata Schasseck brevísimamente, limitándose á decir que tiene un hermosísimo templo, y refiriendo á su modo el milagro de la casulla traida por la Virgen Santísima en persona á San Ildefonso. Ya hemos notado la aficion á lo sobrenatural y maravilloso que muestra el Secretario de Rosmithal, de la que participarian éste y sus compañeros, pues era achaque propio del tiempo, aunque no tan graduado como lo fué en los anteriores.

Gran placer causa á un español amante de las letras ver que, al llegar los viajeros á Alcalá de Henáres, y no teniendo que pasar por Guadalajara, hacen mencion del famoso marqués D. Iñigo Lopez de Mendoza, á quien suponen vivo, aunque habia muerto ocho años ántes, diciendo de él que era de los más sabios próceres de Castilla, y añadiendo que poseía un hermosísimo palacio, que áun se conserva como testimonio elocuente del amor de D. Iñigo á las bellas artes y de su exquisito gusto, si bien lo son más duradero sus obras, de las que se podria decir, como Horacio de las suyas, que resistirán más que el bronce.

Siguiendo hácia Aragon los viajeros, hace notar Schaschek que desde Mendinaceli el país está habitado por infieles; y en efecto, todavía algunos años adelante, hace la misma observacion Navagero, lo cual prueba que en tiempo de la Reconquista, y á pesar de su carácter religioso, nuestros antepasados tuvieron gran tolerancia con los pobladores

moriscos, los cuales, dedicados especialmente á la agricultura, contribuian de un modo notabilísimo al aumento de la riqueza pública; esta tolerancia se convirtió alguna vez en marcadísimo favor, especialmente en el tiempo en que Rosmithal estuvo en Castilla, pues, como ya hemos dicho, Enrique IV sentia gran aficion á los moros, cuyas costumbres seguia y de cuyos vicios participaba en altísimo grado. Con ocasion de atravesar un territorio poblado por los moriscos, Schaschek refiere, en términos breves y de un modo muy incompleto, las costumbres de los que todavía dominaban el reino de Granada, hablando de la poligamia que practicaban y de la facilidad que entre ellos tenía el repudio, y añadiendo que vivian con ellos en paz los judíos. En verdad, aunque no respetado, este pueblo infeliz no sufría entre los moros aquellas periódicas y terribles persecuciones que padecieron en Castilla, en las cuales tantos perdieron sus vidas ó sus haciendas, siendo, al fin, expulsados con poco acierto por los Reyes Católicos, que cometieron con esto un error impropio de su sabiduría, y para España funestísimo.

IX.

Por fin llegaron Rosmithal y sus compañeros á Zaragoza cuando el Rey D. Juan II celebraba Córtes, que, empezadas aquel año en Zaragoza, se continuaron en Alcañiz, «y á 7 de Octubre se